

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Investigado y anotado –
Lucas informa de aliento en el camino de seguir la cruz
(Lucas 9:27-36)
(7 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

LUCAS 9:27-36

Dios guía de diferentes maneras

El relato de Lucas que hoy nos ocupa es un texto sobre el que sólo se puede guardar silencio. Se trata de lo incomprensible, para lo que es difícil encontrar palabras humanas. Si observamos el texto en el contexto del inmediatamente anterior, queda claro que ilumina un segundo lado del seguimiento de Jesús. Jesús había señalado primero a sus discípulos la “figura de la cruz” del discipulado. Había hablado de abnegación, de tomar la cruz, incluso de perder la vida. Ahora, en un segundo paso, Jesús quería mostrar a sus discípulos que seguir la cruz vale su alto costo. Los quería llevar aparte a una montaña, para alentarlos también a ellos en su difícil camino.

En el versículo 27 leemos que Jesús anunció este acontecimiento especial solo para *algunos* de los discípulos. Jesús no hizo su selección arbitrariamente. Pedro, Juan y Jacobo ya podían acompañar a Jesús a la casa de Jairo (Lc. 8:51). También se convertirían en sus compañeros en el huerto de Getsemaní (Mt. 26:37). “Evidentemente estos tres formaban el círculo más cercano del discipulado. Aquí se expresa una cierta jerarquía” (G. Maier). En el camino con Jesús no todos los discípulos experimentan lo mismo. ¿Podían entender los nueve, por qué *ellos* tenían que quedarse atrás? Después de la resurrección, cuando Pedro le preguntó a Jesús acerca de su propósito futuro para Juan, Jesús lo reprendió, diciendo: “¿Qué te importa? ¡Sígueme tú!” (Jn. 21:22b, trad. libre)

Permitamos que todos los que caminan con nosotros en la fe tengan su guía personal a través de Jesús. ¿Podría ser que la otra persona experimenta más aliento “en la montaña” porque tiene mayores responsabilidades u otras cargas? Dejemos a Jesús nuestra propia guía y la de los demás. Con Jesús, nadie se queda corto (Jn. 10:10b).



Día 2

Lucas 9:27-29

Cambio de perspectiva

“Algunos” debían mirar dentro del glorioso reino de Dios antes de morir (v.27). Jesús concedió este vistazo detrás de la cortina a Pedro, Juan y Jacobo “después de unos ocho días”* (v.28). Después de los serios discursos anteriores, iban a ver la gloria invisible de Dios y de su Maestro como a través de una estrecha rendija. Esta mirada les permitiría más tarde dar testimonio creíble de la gloria divina de su Maestro en el mundo** (2.P. 1:16-18; 1.Jn. 1:1-3; 4:14).

Lucas también hace saber al lector por qué era *personalmente importante para Jesús* subir a la montaña: Él quería buscar la comunión con su Padre celestial en oración (v.28; comp. Lc. 3:21; 4:42; 5:16; 6:12; 9:18). Jesús necesitaba ahora un estímulo especial para los días difíciles que se avecinaban.

¿Reconocemos también la oración como fuente de aliento? En la comunión con el Padre celestial, nuestra experiencia terrenal adquiere un significado distinto. La oración nos eleva por encima de las miserias terrenales hasta el mirador celestial (comp. Hab. 2:1). Marie Schmalenbach (1835-1924) oraba: “*Eternidad, resplandece en el tiempo, para que lo pequeño nos parezca pequeño y lo grande nos parezca grande, ¡bendita eternidad!*”

Probablemente, Jesús oró durante tanto tiempo que sus compañeros se durmieron. Esto les sucedió también más tarde en el huerto de Getsemaní (Mt. 26:43).

Durante su sueño los hombres no presenciaron cómo se abría el cielo sobre ellos. Solo cuando despertaron se dieron cuenta de que habían llegado visitas del mundo de Dios a ellos y que Jesús reflejaba la presencia de Dios (Lc. 9:32). Hasta entonces, los discípulos sólo podían reconocer la gloria de su Señor en sus palabras y en sus obras. Su forma era enteramente la de un hombre (Fil. 2:6,7). *Pero ahora* se mostró en persona como Señor de gloria (Stg. 2:1; 1.Co. 2:8b).

*Con la frase “como ocho días” Lucas deja cierto margen de maniobra. Mateo y Marcos, en cambio, escriben exactamente de seis días (Mt. 17:1; Mr. 9:2).

**La ley establecía: “Por boca de dos o tres testigos una cosa será válida” (Dt. 19:15b; comp. Jn. 8:17).



Día 3

Lucas 9:29-31

Gloria divina

Lucas habla muy reservadamente sobre la apariencia del Señor transfigurado. La gloria divina es indescriptible, incomprensible. Más de mil años antes, la apariencia de Moisés también cambió en la presencia de Dios. Él “no sabía que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios” (Éx. 34:29b). La diferencia en este caso es que la gloria *reflejada* en el rostro de Moisés resplandecía, mientras que en Jesús su *propia* gloria divina se hizo visible: “Él es el resplandor glorioso de Dios, la imagen misma de lo que Dios es” (He. 1:3a, Dios habla hoy). La “Clave lingüística del Nuevo Testamento griego” explica: “Así como la luz se presenta en el esplendor que irradia, así en Cristo toda la plenitud de luz, es decir, ‘Dios’, se despliega constantemente como una emanación. Ambas expresiones (resplandor e imagen) pretenden establecer la igualdad de naturaleza del Hijo con Dios”. Juan testifica: “Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14b,NVI).

Volvamos a la montaña de la que no conocemos el nombre. Mientras que los discípulos se habían dormido, llegaron Moisés como representante de la ley y Elías como representante de los profetas desde el mundo de Dios a Jesús. Ambos habían dejado esta tierra de manera sobrenatural (Dt. 34:5,6; 2.R. 2:11). Ellos “aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lc. 9:31; comp. Lc. 9:51). Sólo Lucas menciona este contenido de la conversación. La palabra “cumplir” debe ser enfatizada en ella. Los mensajeros del mundo de Dios mostraron que nada acontecería por casualidad. Tal vez recordaron también las profecías del Antiguo Testamento que señalan el sufrimiento y la muerte vicarios del Hijo de Dios (por ejemplo Sal. 22; Is. 53). Esta parte del plan de salvación de nuestro Padre celestial estaba ahora a punto de cumplirse, de la cual todavía vivimos hoy.



Día 4

Lucas 9:29-33

Pensado humanamente

Moisés y Elías hablaron con Jesús sólo de *un* tema: su partida (literalmente “éxodo”) de este mundo. Ellos hablaron sólo acerca de lo inminente, de lo que era decisivo para la salvación de todos los hombres. Esto incluye tanto la muerte sustitutiva de Jesús en la cruz, su resurrección como confirmación de su misión, como también de su ascensión de vuelta al lado del Padre celestial. Para este ministerio mundial de reconciliación, el Padre celestial le dio aliento a su Hijo a través de Moisés y Elías.

Pedro, el portavoz del grupo de los tres, tenía pensamientos completamente diferentes. No quería despedirse de Jesús, ni mucho menos quería su muerte. Era demasiado hermoso en la montaña. Una paz celestial sin discusiones con los adversarios, así es como debería permanecer. Mientras los discípulos acababan de despertar y los visitantes ya estaban a punto de partir hacia el mundo celestial, Pedro le hizo una propuesta de último momento a Jesús: “hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías” (v.33). Llama la atención, que Pedro no mencionara una choza para el grupo de discípulos. Por otro lado, puso a Jesús en una fila con los dos grandes del Antiguo Testamento. Aún no había comprendido que el Mesías Jesús no pertenecía a esta serie. Lucas resume: Pedro mismo “no sabía lo que decía” (v.33b). En su comentario bíblico sobre el Evangelio de Lucas, Gerhard Maier señala: “Probablemente esta es la autoevaluación de Pedro en retrospectiva”. A veces algo se dice muy rápidamente. Es reconfortante que nuestro Señor ordene amorosa y pacientemente nuestros pensamientos, deseos y sugerencias (comp. Mt. 1:18-20; 20:20-23).

Pedro quería hacer todo lo posible para continuar la comunión en un ambiente celestial. No debería ser su culpa si la dura realidad en el valle volviera a golpearles. Pedro aún no había comprendido, que “la eternidad no puede ser arrastrada a la fugacidad” (F. Rienecker; comp. Jn. 18:36).



Día 5

LUCAS 9:34-36

Jesús solo

De repente, una nube cubrió al grupo de los discípulos. Dios mismo respondió a Pedro: Pedro, ¿por qué hablas de chozas para tres? ¡Aquí se trata solo de *uno*! La aparición de la nube y ser envueltos por ella, debe haber causado miedo en los discípulos. La nube era la señal inequívoca de la santa presencia de Dios (comp. Éx. 19:16-19; Dn. 7:13-15). Todo judío sabía: no debo acercarme a Dios; de lo contrario, pereceré (comp. Éx. 3:5; Is. 6:1-5). Pero ahora los discípulos estaban en la nube con su Mediador, ¡el Redentor del mundo! Ya no se menciona a Moisés y Elías. Lucas escribió: “Y cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo” (Lc. 9:36a).

La ley y las palabras de los profetas debían cumplirse ahora en Jesús, el Hijo de Dios (Mt. 5:17). Dios habló desde la nube – reprendiendo, señalando, guiando: “Este es mi Hijo amado; ¡a *él* oíd!” (Lc. 9:35b; comp. Sal. 2:7; Lc. 3:22; He. 1:1,2).

- *Jesús es el Hijo de Dios.* El Padre está a su lado. Padre e Hijo son uno (Jn. 10:30). En el Hijo se puede reconocer la esencia del Padre: “el que me ve a mí, ve al Padre” (Jn. 14:9). En Jesús, Dios se muestra en su amor y paciencia, en su gracia y misericordia.

- *Jesús es el elegido por Dios.* Su elección había sido profetizada desde hacía mucho tiempo (Is. 42:1). Tenía *un* solo propósito: como Siervo de Dios, Jesús debía dar su vida como ofrenda por la culpa. Dios ya no exige sacrificios de nosotros, los humanos. Él mismo se da como sacrificio (Is. 53:10,11; He. 9:14,28a).

- *Debemos escuchar a Jesús.* En los cultos de la sinagoga, los discípulos habían escuchado las palabras de la ley y los profetas desde muy pequeños. Ahora, el Padre celestial les hizo saber: ¡oíd su voz! Es la voz del buen pastor. Ella llama *a casa* (Jn. 10:3-5,27).



Día 6

Lucas 9:28-36; 2.Pedro 1:16-18

Hechos en lugar de fábulas

Hacia el final de su vida* (2.P. 1:14) Pedro sigue conmovido por el decisivo acontecimiento del Monte de la Transfiguración. A partir de esta experiencia, relata dos hechos cruciales a los destinatarios de su segunda carta.

Hecho 1: Fuimos “testigos oculares de su gloriosa majestad” (2.P. 1:16b). Pedro está argumentando aquí en contra de aquellos que podrían insinuar que los apóstoles seguían “fábulas artificiosas” – una opinión común, por cierto, hasta el día de hoy. No se necesitan testigos oculares para las fábulas**. “Son inventadas por los hombres ... No hablan de hechos históricos que pueden y deben ser atestiguados” (W. de Boor). Bienaventurado el que no basa su vida y su muerte en lo que ha pensado el hombre, sino en el acto de salvación de Dios realizado en el espacio y en el tiempo. Belén, Nazaret, Jerusalén: las huellas del Hijo de Dios se extendían por todo Israel. También el apóstol Juan subraya en sus escritos el testimonio ocular de los discípulos de Jesús. Él mismo había sido testigo de la transfiguración de Jesús junto a Pedro y Jacobo (comp. Jn. 1:14; 1.Jn. 1:1-3).

Hecho 2: Se trata de la voz del cielo que los tres discípulos escucharon inconfundiblemente. Ésta se dirigió primero a Jesús. “Él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz” (2.P. 1:17a), un refuerzo y un aliento para el Hijo de Dios, que se dirigía resueltamente hacia el Calvario. Sin embargo, Pedro enfatiza en que las palabras del Padre celestial dirigidas a su Hijo, también fueron una indicación decisiva para ellos. “Nosotros mismos oímos esa voz que vino del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo”. Él dijo: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él” (2.P. 1:17b,18, NVI). Mateo y Marcos también registran la subsiguiente orden divina: “¡A él oíd!” (Mt. 17:5b; Mr. 9:7b). ¿A quién *prestamos* nuestro oído?

*Pedro escribió su segunda carta probablemente en el último período de su encarcelamiento en Roma. Él murió alrededor del año 67/68 durante la persecución de los cristianos bajo el emperador Nerón.

**El texto original habla de “mitos” en el sentido de historias ficticias y legendarias



Día 7

Lucas 9:28-36; 2.Pedro 1:16-19

La palabra profética

Pedro escribe a sus lectores acerca de una consecuencia que se desprende para él y, más aún, para todo cristiano de los sucesos de la montaña: “Por eso retenemos con *mayor firmeza* la palabra profética” (2.P. 1:19a). El Señor había enviado profetas a su pueblo hasta Malaquías, que era a la vez amonestador y mensajero del amor seductor de Dios y de una nueva esperanza para el futuro (por ejemplo Mal. 3:7,20).

Sin embargo, Israel despreció la palabra profética de Malaquías, como la de todos los demás anteriores. “Por último, teniendo (Dios) aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos” (Mr. 12:6). En este *Último* Dios mismo vino a cumplir la palabra de los profetas despreciados. “La palabra profética, el Antiguo Testamento, la tenemos *más seguro desde Jesús*, porque era solo la promesa, mientras que nosotros *tenemos el cumplimiento*. Por ejemplo, en la transfiguración de Jesús se cumplió en gloria lo que los profetas del Antiguo Testamento solo podían describir y anhelar” (M. Holland; comp. Lc. 2:25,29-32; 10:24; 1.P. 1:10,11). Jesús es la palabra profética en persona: “El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria” (Jn. 1:14).

Pedro compara la palabra profética con una lámpara. Las lámparas son necesarias en un lugar oscuro. El pecado del hombre ha oscurecido al mundo. “La oscuridad cubre la tierra, la noche envuelve a las naciones”, escribe Isaías, y continúa: “pero el Señor brillará sobre ti y sobre ti aparecerá su gloria” (Is. 60:2,Dhh). Esto se refiere a Jesús, la luz del mundo (Jn. 8:12).

Con respecto a la Palabra de Dios, Pedro insta a sus lectores: “... a la cual ustedes hacen bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que despunte el día y salga el lucero de la mañana en sus corazones” (1.P. 1:19,NVI). El amanecer será el momento en que Jesús llevará a su iglesia a la gloria eterna (comp. Jn. 14:2,3; 1.Ts. 4:15-17). Entonces Él, el lucero de la mañana, será nuestra luz *eterna* (Is. 60:19; Ap. 22:5,16).

